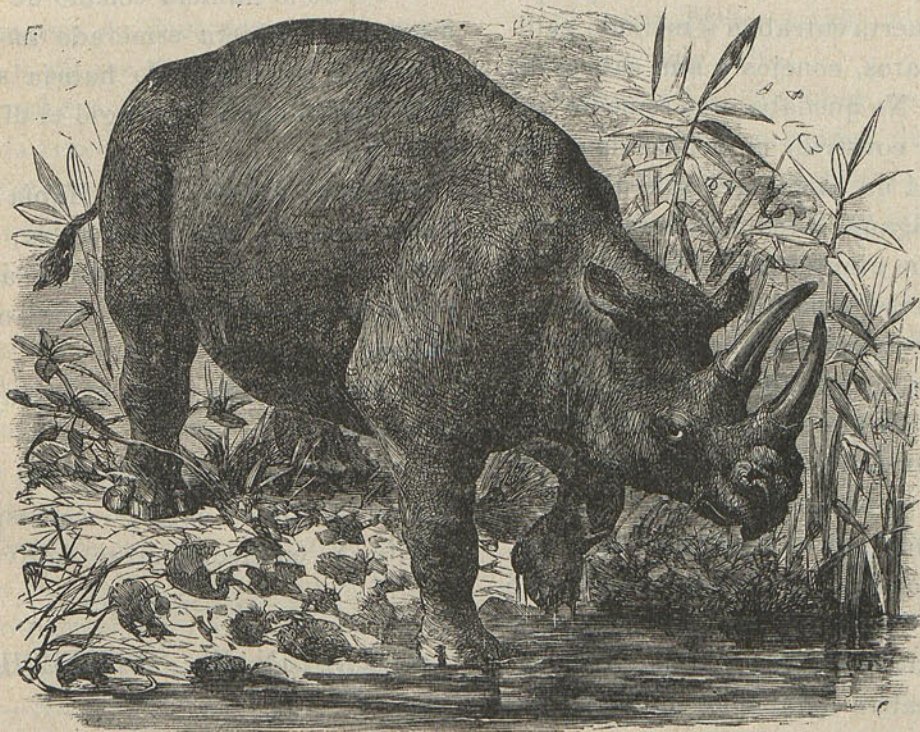


EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO XLIV

MADRID, 25 DE NOVIEMBRE DE 1917

NÚMERO 47



EL RINOCERONTE

El rinoceronte es un paquidermo caracterizado por tener las cuatro extremidades terminadas por tres dedos iguales, y por tener en la nariz uno ó dos cuernos. Las especies que viven hoy día habitan los países cálidos del antiguo continente; su piel es muy gruesa, con grandes arrugas en la base de las extremidades y del

cuello, para que los movimientos de estas partes puedan efectuarse sin obstáculo alguno. El rinoceronte unicornio tiene un solo cuerno, y habita en el Asia, al otro lado del Ganges; el rinoceronte bicornio, tiene dos: uno detrás de otro; carece de arrugas en la piel, y habita en el Cabo de Buena Esperanza.

Los habitantes de los países respectivos los persiguen por aprovechar la

carne y la piel; ésta es tan dura, que los cazadores les tiran con bala de hierro, pues las de plomo se aplastan en ella.

BUEN EJEMPLO

Un alto funcionario, en los Estados Unidos, se molestaba mucho porque en su huerta entraban á menudo gallinas y patos, conejos y aun cabras del vecino. No quedaba otro remedio que mandar construir un pedazo de cerca. Llamó á un carpintero y le dijo:

—Hágame usted una cerca fuerte, para que ningún animal de esos pueda meterse en la huerta. No hace falta que esté muy acabada en todos los detalles, porque apenas la verá nadie. Con tal de que sea fuerte y resistente, me bastará. No quiero dedicar más de dos duros para este objeto.

Cuando estuvo terminada la labor, el patrono fué á verla, y se extrañó mucho de ver una cerca cuidada y esmeradamente construída. Las tablas estaban todas bien unidas, y los postes derechos en distancias exactamente iguales. Ya creía el juez que le pedirían mayor precio que lo estipulado, y comenzó á decir:

—Pero yo había dicho, terminantemente, que no quería un trabajo tan esmerado. Aquí se van á plantar enredaderas, de modo que nadie verá la cerca. Con tal de que sea bastante fuerte, no me importa la vista que ofrece.

—Pero me importa á mí—replicó el carpintero.

—Bueno; ¿cuánto cuesta?

—Dos duros, según hemos convenido.

—Pero, ¿por qué se ha tomado usted tanto trabajo, si no iba á pedir aumento?

—Me he esmerado por causa de la misma obra.

—Nadie lo hubiera echado de ver, aunque se hubiera esmerado menos.

—Pero yo mismo lo habría sabido—replicó el obrero; cogió el dinero y se fué.

Pasaron algunos años. Había que hacer una obra de importancia, y el empleado aquel se la encargó á ese mismo carpintero, aunque varios otros la habían solicitado.

—Ese, sin duda, hará el trabajo á conciencia.

—Tal fué el pensamiento del juez cuando le dió el encargo correspondiente. Y, en efecto, no se equivocó.

QUERUBÍN EL SATISFECHO

(CONTINUACIÓN)

—Sí, señor, lo llevaré—dijo Querubín; y después de haberle puesto algunas pesetas en una mano, Querubín tendió la otra, abierta también, diciendo:

—Y en esta ponga algunas también, si hace usted el favor.

Pero el señor pastor dijo, como amonestándole:

—Querubín, Querubín. ¿Vas á hacer tonterías? Para eso sí que no te doy dinero; y para lo que necesitáis

tú y la anciana para vuestro sostenimiento diario, hay bastante y aun de sobra.

Entonces Querubín miró al pastor, levantando á él sus cándidos ojos, y dijo:

—No quiero hacer tonterías, pero la gente débil y vieja debe comer algo bueno y substancioso, para no caer en manos de doctores y charlatanes. Eso lo sé por el señor Gaspar, y también sé cuánto costaban las cosas que debía traer.

Entonces el señor pastor se sonrió un poquito. Le dió á Querubín algunas pesetas más, y dijo:

—Pues dale de comer á la abuelita algo muy nutritivo, que le hará bien.

Ahora vinieron días felices para la abuelita y Querubín. Sólo que la pobre vieja siempre iba asustada á su encuentro, cuando había salido para volver con un saco con carne, vino y pan blanco, lo mismo que si hubiera sido para el señor Gaspar. Al ver esto la abuelita se lamentaba, diciendo:

—No, por favor niñito, no puede ser, no debes hacerlo.

Querubín contestaba tan tranquilo:

—Sé muy bien lo que se debe hacer con los viejos débiles, y al señor pastor también le he convencido.

Los dos se dedicaban á la música con todo placer. Todos los días la abuelita le enseñaba á Querubín un himno nuevo. Las melodías eran todas antiquísimas; pero tan bonitas, que Querubín no se cansaba de tocarlas en su violín.

Una semana más tarde apareció el

señor pastor con un amigo suyo. Querubín tuvo que tocar en el violín todo lo que sabía: cantares, bailes é himnos. El amigo del señor pastor escuchaba con gran embeleso, asintiendo á veces con la cabeza. Por último, comenzó á aplaudir, y exclamó:

—¡Vaya un músico de primera! A Léipzig debe ir á estudiar!

El señor pastor estaba muy contento por este éxito.

Comunicó á Querubín que había recibido carta de su madre, diciéndole que se alegraba muchísimo de que hubiese medios para que su hijo aprendiera bien la música.

Su amigo y él conocían en Léipzig á un buen músico, el cual no tendría inconveniente en recibir á Querubín en su casa, y se encargaría de que aprendiera todo lo que fuese necesario además de tocar el violín.

Describieron bien á Querubín el modo de viajar, y le entregaron todo cuanto necesitaba para que á la mañana siguiente se pusiera en camino.

Como Querubín ya había viajado una vez, todos creían que sabría arreglárselas. El señor pastor le encargó que se portase bien, y su amigo le dió unas palmaditas en el hombro, diciendo:

—Ensayá mucho, eso es lo principal.

La abuelita no cerró los ojos durante toda la noche, pero no quería dejar notar á Querubín cuánto la entristecía su marcha. Sólo á la mañana siguiente, cuando para despedirse se hallaba delante de ella, con su

violín debajo del brazo, tal cual le había visto á su llegada, no pudo ya contener sus lágrimas, y exclamó llorando:

—¡Oh, niño, niño, que te vas ahora; ¡cuánto has sido para mí! No sólo los días alegres que me has preparado, sino toda tu manera de ser tan cariñosa me ha hecho tanto bien, que me he rejuvenecido; me acordaré de ello hasta mi muerte.

—Sí, abuelita, y seguid rejuveneciéndoos hasta que yo vuelva, ¡y entonces juntos pasaremos días felices!—exclamó Querubín, tomando una vez más su mano; y cuando, habiendo andado un rato, volvió otra vez la vista, vió á la abuelita todavía en mitad del camino enjugándose los ojos. Entonces volvió á quitarse su sombrerito, la saludó, enviándole un adiós cariñoso; y desapareció á lo lejos.

(Continuará.)



Lección para el día 25 de Noviembre de 1917:

Un salmo de acción de gracias.—Salmo 103.

TEXTO ÁUREO: *Bendice, alma mía, al Eterno, y no olvides ninguno de sus beneficios.*—Salmo 103. 2.

Este salmo le debierais saber todos de memoria, y el que no lo sepa aún hará bien en retirarse una tarde de domingo á algún lugar apartado en el jardín ó en la casa para estudiarlo.

Es una expresión magnífica del agradecimiento que debemos á Dios por todo cuanto El ha hecho y sigue haciendo por nosotros.

Perdón de los pecados, salud en las enfermedades, vida en medio de la muerte, manifestaciones de gracia y de misericordia, alimento para el cuerpo y fuerza física, todo viene de El. En otros tiempos y entre otros pueblos se ha manifestado de la misma manera; y aun cuando nuestros pecados y maldades nos alejan de El, sin embargo, El pone todo su empeño y todo su amor en vencer aún el pecado y la maldad. El hombre es muy poca cosa en el mundo, pero Dios es soberano Señor de todo; por esta razón nuestra confianza no estaría bien fundada si se basara en lo que el hombre es y hace; pero debe lograr su anhelado fin cuando se fija en lo que es y lo que hace el Dios Todopoderoso. Todo el universo es suyo; lo más importante para nosotros es que también nosotros pertenezcamos á El.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año:* en Madrid, pesetas 2; en provincias, 2,50. Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60, Madrid.